



Junio 2019 | #207

Columna Invitada

¿Kiri o hara kiri?

Por Georgina Conti

Paulownia tomentosa o “kiri” es una especie que ha ganado especial notoriedad en los últimos años. Numerosos medios digitales del país promueven su forestación como medida para combatir el cambio climático, resaltando sus múltiples propiedades benéficas al punto de considerarlo un “superárbol”. Sin embargo, la “revolución del kiri”, parece consistir en una replicación de propaganda sin base científica y sin alusión a los potenciales perjuicios ambientales de su introducción. Este escenario nos hace cuestionar cuán ciertas son las maravillas que se le adjudican, particularmente en referencia a su capacidad de secuestrar carbono atmosférico, y discutir algunos aspectos importantes al evaluar acciones para mitigar el cambio climático.

Nativo de China, el “kiri” ha sido históricamente valorado por sus propiedades medicinales, ornamentales y madereras. Dada su alta tasa de captación de carbono desde la atmósfera, se le adjudica un enorme potencial para “luchar” contra el cambio climático. Sin embargo, en términos de balance de carbono, altas tasas de captura sólo son posibles con altas tasas de pérdida. Es por ello que árboles de rápido crecimiento como el “kiri” poseen tejidos que se descomponen muy rápidamente, aumentando la actividad microbiana del suelo y, por lo tanto, la pérdida de carbono desde los reservorios más estables del ecosistema. De esta manera, corremos el riesgo de promover ecosistemas que terminen emitiendo más carbono que el capturado.

El servicio ecosistémico de “secuestro de carbono” no se basa solo en la capacidad de las plantas de captar carbono, sino también de acumularlo y conservarlo por el mayor tiempo posible. La característica básica de una especie cuya forestación esté pensada para secuestrar carbono, no debiera ser su tasa de captación sino su persistencia en el tiempo. Es mucho más rentable y efectivo secuestrar carbono a través de la regeneración y restauración de los bosques nativos que forestando con especies de crecimiento rápido manejadas con fines madereros, donde en cada evento de extracción parte del carbono acumulado es nuevamente liberado. Proteger y restaurar las reservas de carbono (i.e., los relictos de bosque nativo) no solo mitiga el cambio climático, sino que mejora el hábitat de otras especies, aumenta la fertilidad del suelo y su capacidad de regulación hídrica. Es decir, en términos de secuestro de carbono, los superárboles son muchos y ¡crecen naturalmente!



Si el fin real es el de mitigar los efectos del cambio climático, hay que considerar además que la habilidad de los ecosistemas naturales de compensar las emisiones antrópicas es limitada. Urge replantear los procesos productivos basados en combustibles fósiles y reemplazarlos por energías limpias más eficientes. Las acciones de mitigación deben ser integrales e incluir a los principales emisores de carbono.

Es imprescindible resaltar que el kiri es una especie invasora ya introducida en el país, donde la invasión por especies exóticas es una de las principales amenazas de la biodiversidad de nuestras áreas protegidas (las que efectivamente secuestran carbono), y que atentan contra la provisión de otros servicios ecosistémicos esenciales. Acciones de mitigación exitosas deben basarse en decisiones integrales basadas en conocimiento científico y trabajo coordinado desde distintos sectores y a distintas escalas, y no soluciones mágicas basadas en falsa propaganda.